

## Noticiario

### EL GRAN VECINO.

Las visitas que numerosos hombres de letras han realizado últimamente a los Estados Unidos, les ha incitado a consignar en las páginas de un libro las impresiones que la visión de ese país y, el contacto con sus hombres, ha dejado en su ánimo. Cada uno de estos visitantes vió un aspecto distinto que bien pudo pasar desapercibido para el otro o que por lo menos, no le interesó. Del conjunto, los lectores desapasionados pueden formarse una idea bastante aproximada de lo que es en líneas generales esa gran democracia, que ahora con franco impulso de sinceridad, pone en práctica su hermandad americanista desarrollando una intensa política de buena vecindad.

Este libro de Manuel Seoane, nos da en estampas ciertas, nerviosas y breves, una interesante visión de lo que es la tierra de Lincoln. Seoane no abandona en ningún momento su actitud de periodista. No quiere fatigar al público con largas digresiones acerca de los diversos problemas que asaltan su inquietud, mientras el panorama de la gran nación se desenvuelve frente a sus ojos ávidos de captar sensaciones de distinto orden: sentimentales, pintorescas, típicas, risueñas y hasta grotescas. Y acierta plenamente en su método, pues de ese modo consigue dar la sensación vívida, humana, atrayente, de lo que es un pueblo, en su modalidad sin disimulos. Como quien ve a un

grande hombre en bata de casa o a una beldad que aún no ha recurrido al cosmético para reemplazar aquellos encantos que se llevó el tiempo.

Valiéndose de su inglés «champurreado», Seoane se bate heroicamente en los primeros días, ya sea con el changador, con el dependiente de la botica o el cobrador del vehículo que lo transporta, cuando tal oficio no lo desempeña un aparato mecánico. Pero su pupila va alerta para coger el detalle que individualiza a un hombre, dando en muchas ocasiones, hábilmente, la sensación del ambiente con su color y su carácter. New York, en el libro de Seoane, es como esos noticiarios de los biógrafos que se pasan demasiado rápidos y que, siendo muy interesantes, nos dejan una sensación de disgusto por no poder alcanzar a precisar el detalle, el gesto, el rasgo que nos llamó profundamente la atención. Se nos ocurre que Seoane, con ese encanto que sabe comunicarle a su prosa, nos habría dado estampas muy sabrosas de esos barrios que él cita con sus rasgos más salientes: China Town, Harlem, etc. Pero esta apreciación nuestra es más bien un deseo que un reparo, pues no sabemos las condiciones ni los medios con que Seoane contó para recoger sus impresiones.

Imágenes de gran densidad interpretativa del carácter y de los momentos que viven, son aquéllas en que el autor traza en la parte de su libro que titula: algunos transeúntes. Estos transeúntes son: Roosevelt, Wallace, Carlos Chaplin, Emil Ludwig, Disney, etc. Maravillosa de color, de gracia y de humanidad, la silueta de Wallace. Muy fina y certera la de Charles Chaplin. Y no sabemos qué decir de la de Emil Ludwig, porque a través de las palabras de Seoane, vemos de nuevo al hombre frío, desdeñoso y antipático que es Ludwig; por lo menos para nuestra manera de sentir, opinión muy personal por cierto. Al revés de lo que nos ocurría con Zweig, cuya dramática pasión y emocional impulso nos llenaba el corazón de ansiedad y de humana belleza.

Seoane le ha hecho un estupendo y sensacional reportaje a nuestro Gran Vecino. Y nos ha dado una impresión fuerte y viva de lo que hay allí en espíritu y en acción,

#### LA TRÁGICA EXISTENCIA DE VÍCTOR HUGO.

Con esa amenidad que caracterizaba a su padre, el novelista Alfonso Daudet, su hijo León Daudet, nos cuenta la vida azarosa de Víctor Hugo. De ese Víctor Hugo que era hermoso como un semidiós, adorado por las mujeres más bonitas de París y aureolado por la gloria con sus luces más esplendentes, pero profundamente desgraciado en la intimidad de su hogar y a lo largo de toda su vida.

Sin embargo, Hugo había alcanzado todo lo que ambicionó. Sus libros, que eran recibidos ávidamente por el público, le daban todo el dinero que deseaba. Fué además académico y Luis Felipe le concedió la dignidad de Par, dándole un título nobiliario. Más tarde, a la caída de Napoleón III, a raíz de la derrota de Francia en 1870, sus amigos y partidarios lo hicieron senador de la República. Un senador que no se preocupó de atender las exigencias de sus electores, aparte de uno que otro discurso que leyó en el Senado. Pero eso no era lo que en la vida de un hombre como Hugo hacía la verdadera felicidad. Sin desdeñar los honores ni los halagos de la gloria, vivía pendiente de las preocupaciones amorosas. Hoy era la corista de un teatro, mañana una muchacha que encontraba en la calle y a las cuales el grande hombre gustaba de preguntarles si había oído nombrar a Víctor Hugo, el autor de Hernani. Y casi siempre la respuesta era negativa. ¡Era aquel un oficio que no dejaba tiempo para leer!

Algunos de los amores de Hugo dieron ocasión a los más terribles escándalos. Pero aparte de la experiencia que de sacaba, como material para sus novelas, estas aventuras no jaban huellas muy hondas en su sensibilidad de impulsivo y pa-